

las cuestiones pero si nuestro hombre es semejante al suyo estaremos bien cerca de la conformidad.

Pero ocurre una dificultad, cual es llegar a conocer a nuestros interlocutores sin peligro de descubrírnos. La prudencia, hermana de la discrección, nos sale al paso de este escollo dándonos reglas de conducta para enjuiciar, hablar u obrar.

«Prudencia es saber sufrir los defectos de los otros y dar pasada a las flaquezas ajenas considerando que no puede dejar de haber infinidad de imperfecciones en la vida».

Prudencia es gobernar la lengua y saber separar el tiempo conveniente de hablar y callar. Prudente es reservarse el hombre y no decir luego todo lo que siente de las cosas.

Prudencia es entender las artes y celadas del enemigo, sus entradas y salidas y no creer a cualquiera espíritu, ni a toda figura de verdad y de bien.

Prudencia es también saber temer y acometer, perder y ganar.

Aprende pues amado soldado, a saber aplicar estas reglas para escoger la conducta que te conviene seguir en cada caso, cuando opines, cuando hables y cuando emprendas alguna cosa.

Estudia en tí mismo para lograr eso, los dos hombres interiores que tenemos todos.

Vive prevenido contra los hombres que puedas encontrar distintos del tuyo, es decir de tus opiniones, de tus creencias, de tu manera de mirar las cosas. Y ten presente, sobre todo, que la profesión que provisionalmente ejerces tiene muchas cosas que callar y no olvides el gran peligro de desbarrar con más facilidad cuando alternas alegremente fuera del cuartel.

Recuerda que no es prudente fiarse de cualquiera y que muchas veces con el calor de la conversación se escapan de dentro cosas que luego se quisiera recoger. «Todo su espíritu derrama el necio, más el sabio detiénese y guarda las cosas para adelante, porque quien se fia de quien no se debe fiar, siempre vivirá en peligro y será perpétuo esclavo de quien se fió».

Con esta práctica distinguirás las mañas y procedimientos del enemigo tuyo, que es el de España y adivinarás sus intenciones.

Desoye las doctrinas de cualquiera y no te dejes fascinar por apariencias de bondad.

Finalmente recuerda la lucecilla que llevas en tí mismo tu natural discurso y empléala en su oficio; saber justipreciar lo grande y lo pequeño, lo verdadero y lo falso, lo que es gloria y deshonor y lo que es y fué nuestra historia y lo que propagan sin cesar los enemigos de la Patria.



*“OBEDIENCIA SIN RESERVAS. Ella es el alma de nuestro Ejército, la que preside sus formaciones y la vida castrense; así lo piden el culto de Dios y el servicio de la Patria.”*

*Fránco a las Juventudes de España*